

"YPNO"

El sol ya había caído cuando llegué al portal de mi casa, el invierno estaba llegando a su fin, y un viento cálido me acariciaba. Estaba a punto de sacar mis llaves cuando mi móvil comenzó a sonar. Lo cogí mientras, con la otra mano, abría la puerta del edificio.

El vestíbulo se iluminó con su característica luz amarillenta mientras esperaba al ascensor y escuchaba las preocupaciones de mi amiga. Era un edificio antiguo, que había sido reformado recientemente tras años sin ser usado. Aún conservaba las antiguas escaleras de incendios, que ahora se hallaban decoradas con diversas clases de plantas que los vecinos regábamos con mimo. Por fin, el ascensor me dejó en mi planta, y me encaminé hacia mi puerta sin soltar mi teléfono. Las luces iban alumbrando el pasillo a medida que caminaba con calma buscando en mi bolso las llaves que me llevarían a un merecido descanso tras un largo día en el colegio.

Pero, al doblar una esquina, una imagen que jamás sería capaz de olvidar me daba la bienvenida. El pasillo parecía alargarse hasta el infinito, tiñéndose de tonos morados y azules, como si de repente dejara de pertenecer a este mundo. Dejando el móvil de nuevo en el bolso, decidí investigar aquel extraño suceso. Comencé a caminar pero sólo llegué a dar tres pasos antes de que me viese rodeada por una nube que me elevó del suelo. Tras lo que me pareció una eternidad, la nube por fin me depositó sobre suave hierba. Por un momento, todo cuanto me rodeaba permaneció en la penumbra para luego comenzar a llenarse de color. Era como estar dentro de un arcoíris con tanto brillo que me desorientó. Entonces fue cuando oí la voz:

- Hola ¿estás bien?

Miré hacia arriba y me encontré con un chico de aspecto inusual. Era alto, con cabellos castaños y unos ojos que parecían hachos de ámbar. Estaba inclinado sobre mí, junto a una chica. Ella era más pequeña, con largos rizos castaños y grandes ojos de rubí. Eché un vistazo a mí alrededor y me di

cuenta de que me hallaba en un claro en mitad de un bosque; pero era un bosque diferente, los árboles eran gigantes, había puertas en sus bases y ventanas decoraban los troncos como si se tratase de rascacielos. Había personas paseando de acá para allá, niños pequeños jugando, y grupo de adolescentes charlando sentados sobre las setas que crecían al pie de los árboles. Era una ciudad normal, pero a la vez no lo era. Todos llevaban ropas hechas con telas extrañas, que parecían hojas y flores, algunos llevaban bolsos y complementos hechos con corteza de árbol, y lucían peinados de colores variopintos.

Volví a mirar a la chica, que me observaba con curiosidad, y luego al chico, que tenía un brazo extendido hacía mí en caso de que lo necesitase para levantarme. Tras unos minutos conseguí reunir el valor suficiente para hacer la pregunta que rondaba mi mente.

- ¿Dónde estoy?
- ¿Ves? Te dije que no era aquí - dijo la chica volviéndose hacia su acompañante, que seguía observándome con incredulidad - está claro que viene de fuera, quizás de otro planeta.
- Yo no le veo cara de alienígena, probablemente sólo esté desconcertada, claro que tiene que ser de aquí ¿de dónde iba a ser si no?

El seguía teniendo el brazo extendido, pero ya no me miraba, estaba lanzándole una mirada de reproche a su compañera.

- Disculpad - intercedí yo - no sé qué sitio es este ni como he llegado hasta aquí, pero mi padre me está esperando en casa y no creo que sea buena idea hacerle esperar.

Fue entonces cuando el chico se dio cuenta de que, como la chica había dicho, yo no era de aquel lugar.

- Entonces ¿de dónde vienes? - me preguntó.
- De Sevilla - dije yo - está en España.
- Es un país pero, ¿qué es este sitio?
- Es nuestra ciudad, se llama Dásos.
- Y - le interrumpió la chica - él es Port y yo soy Rou.
- Encantada, yo soy Sandra.

Estreche la mano de la chica y me puse en pie aun sin comprender que hacía en este sitio. Decidí que tenía que volver a casa cuanto antes, así que me volví hacia Rou y Port.

- Escuchad, este sitio me parece fantástico, y estoy segura de que es genial vivir aquí, pero tengo que encontrar la forma de volver a casa, ¿creéis que podríais ayudarme?
- Claro - dijo Port - pero no tengo ni idea de cómo ir a Sevilla. Hasta hace cinco minutos creía que Dásos era la única ciudad por aquí.
- Bueno, parece que ni siquiera estás en tu mundo - comentó Rou - pero conozco a alguien que podría ayudarte.
- ¿Quién? - preguntamos Port y yo al unísono.
- Gyali obviamente. Es una anciana muy sabia que vive en la copa del árbol más alto de toda Dásos. Ha vivido durante muchísimo tiempo, seguro que sabe qué hacer.
- Buena idea, pero tardaremos días en llegar a su casa, necesitaremos comida, ropa de cambio...
- Pues démonos prisa, Smara puede darnos lo que necesitamos.

Caminamos hacia uno de los árboles que rodeaban el claro, en cuya puerta colgaba un cartel en el que se leía: "Drys, número doce del Livádi"; esto, según Port, era la dirección del árbol. En un puestecillo, un pequeño grupo de adultos intercambiaba pequeñas piedras de colores por objetos de todo tipo. Al pasar junto a ellos, Port me dijo que se trataba del sistema de monedas de Dásos cuyo dinero se conocía como vótsalo, y que consistía en un complejo sistema de piedrecitas. La verde, llamada prásino, era la que menos valor tenía, una kítrino, de color amarillo, valía diez prásinos, una tyrk, de color turquesa, valía veinte kítrinos, y la de mayor tamaño era el kókkino, de color rojo que valía treinta tyrks.

Entramos en el árbol y Rou nos condujo por una serie de escaleras de madera hasta llegar a una puerta con un letrero que rezaba: "Taxidia, la tienda en la que todo encontrarás si quieres viajar".

Rou abrió la puerta y entramos en una pequeña habitación llena de todo tipo de objetos. Había estanterías que llegaban hasta el techo de las que sobresalían mapas de hojas y brújulas de madera y decenas de mochilas de distintos materiales colgaban de ganchos en las paredes. Nos dirigimos al mostrador, donde una mujer de brillantes ojos verdes se hallaba inclinada sobre una hoja de roble. Rou nos dijo a Port y a mí que ella se encargaba de todo ya que conocía a la mujer desde pequeña, así que nosotros nos

dedicamos a dar vueltas en el Livádi, que por lo visto era el nombre del claro en el que yo había aparecido, y estábamos listos para partir. Smara le había advertido a Rou que, aunque el viaje en sí no era demasiado largo, no estaba segura de que Gyali estuviera dispuesta a ayudarnos, ya que hacía bastante tiempo que no mantenía contacto con nadie, y nunca le habían gustado los extranjeros.

Nos pusimos en marcha bajo el sol de mediodía, y caminamos sin pararnos entre los árboles hasta el crepúsculo, cuando nos vimos obligados a parar y hacer un pequeño fuego para calentarnos. Mientras cenábamos, aprovechamos para intercambiar historias sobre nuestros mundos; yo les hablé de Sevilla, de los monumentos y de las celebraciones, como la Navidad y la Semana Santa; ellos de Dásos, y de la vida allí.

- Mis padres son chrómatas - me explicó Rou - se dedican a pintar cuadros y a escribir historias, tienen una tienda en el Péfko ocho del Livádi, justo debajo de nuestra casa.

Los padres de Port eran vivlíos, profesores, daban clases a los alumnos del Máthete, el colegio de Dásos.

Tras un largo rato charlando, decidimos irnos a dormir, Smara había incluido en nuestro equipaje tres tiendas de campaña hechas de enormes hojas, así que las montamos y nos despedimos hasta la mañana siguiente. Al despertar, tomamos un desayuno a base de bayas y frutos y nos pusimos en marcha de nuevo. El sol estaba en lo alto del cielo cuando, por fin, divisamos el Kyparissi, el árbol más alto de todo el bosque con diferencia. La puerta estaba camuflada en el tronco, así que nos llevó un rato encontrarla; cuando lo hicimos, tuvimos que subir una larguísima escalera de caracol hasta llegar a la casa de Gyali, la única persona que podía ayudarme a volver a casa. Pero, mientras subíamos, un pensamiento no dejaba de rondar mi cabeza, ¿y si no volvía? ¿Y si me quedaba aquí, en Dásos? Podría salir cada día con Rou y Port sin tener que preocuparme por deberes ni exámenes ya que en el Máthete no existían. Podría tener una casa en un árbol y un trabajo inusual. Podría vestirme de hojas y sentarme en las setas del Livádi a charlar cada tarde, sería una vida muy sencilla... Pero entonces pensé en mi padre, en mis amigas y en la preciosa ciudad que dejaría atrás. No podía quedarme. Justo entonces la puerta se abrió y salió una ancianita de ojos casi transparentes y cabellos grises como nubes. Fue verla y algo se movió dentro de mí, conocía a aquella mujer, lo sabía, pero no era posible, aquél no era mi mundo. La anciana se quedó mirando un rato, hasta que al final dijo:

- ¿Sandra?
- ¿La conozco? - pregunté yo.
- Claro que sí, Dios mío. No os quedéis ahí en la puerta, pasad dentro.

Entramos en un saloncito lleno de libros y objetos de todos los tamaños y colores, Gyalí se sentó en un sillón y nosotros hicimos lo mismo.

- ¿Cómo se conocen? - preguntó Port.
- Bueno - comentó la anciana - esto os va a resultar bastante extraño, pero esta jovencita de aquí es mi nieta.

Yo no tenía palabras, ¿cómo era eso posible? Conocía a aquella mujer pero ¿cómo podía ser mi abuela? Rou había dicho que tenía muchísimos años, yo no era tan mayor.

- Antes de que comencéis a preguntar - prosiguió Gyalí con calma - dejadme que os cuente la historia completa. La madre de Sandra, aquí presente era una dási, al igual que vosotros dos - señaló a Rou y Port - su nombre era Kaia y tenía un colgante especial. Este le permitía viajar entre Dásos y Sevilla, que es donde conoció a tu padre. Poco tiempo después hubo un ataque aquí cerca, Kaia fue a ayudar a los heridos y nunca regresó. Desapareció, pero no sin antes asegurarse de que Sandra estaría bien, y de que algún día sería capaz de venir aquí. Parece que ese día ha llegado así que sólo queda una cosa por hacer.
- ¿Qué queda por hacer? - preguntó Port que parecía acabar de despertar de un sueño.

Pero, en lugar de responder, Gyalí se dirigió a un baúl situado en una esquina de la sala, lo abrió y sacó un colgante de jade.

- ¿Es ese - quiso saber Rou - el colgante que te permite viajar entre Dásos y Sevilla?
- Sí - contestó Gyalí caminando hacia mí - y ahora es tuyo Sandra.

Lo colgó en mi cuello e inmediatamente sentí una agradable sensación de calor.

- Sólo debes decir "Ypno" y el colgante te llevará a tu destino.

Me volví hacia Rou y Port sabiendo que era el momento que yo temía, la despedida. Nos abrazamos y les prometí que volvería pronto a verles. Luego me dirigí a Gyalí:

- Muchísimas gracias.
- No hay de qué. Ahora date prisa, tu padre debe estar preocupado.

Asentí y cerré los ojos preparada para volver a casa.

- ¡¡¡Ypno!!!

La palabra resonó mientras que todo se oscurecía y una nube me elevaba del suelo.

Alejandra Ariza Rodríguez, 14 años
Colegio St. Mary's School
Sevilla